—Me parece—repuso Cesarina con una ironía de que Margarita no se apercibió—que queréis como hacer una alusión al pasado, y parece que poniendo á vuestro marido en parangón con el mío manifestáis el recuerdo de otra pasión menos pura, pero más viva que la amistad.

Margarita se sonrojó, pero sin renunciar á explicarse sobre aquel asunto tan delicado para ella. Yo admiraba aquellas dos naturalezas tan opuestas; la una resumiendo todo el imperio de que es capaz una mujer para con los otros y para consigo misma; la otra incapaz de razonar, sin defensa, obligada por la naturaleza de sus impresiones á oirlo todo, á revelarlo todo.

—Tenéis razón—dijo—en burlaros de mí, pero me parece harto cruel evocar tan triste recuerdo, cuando el presente le ha borrado hasta de la memoria. Sin embargo, á vos os puedo hablar de todo, y ved si tengo razones para estar celosa de vos. ¿Creéis que hoy ignoro por qué me dejó el Marqués? Me dejó porque os amaba. Aunque Pablo no ha querido confesármelo, por palabras sueltas que he podido recoger, me he convencido; por despecho con vos, me buscó; por volver á vos, me dió al olvido. Lo que me ha sucedido una vez, puede sucederme dos. ¿Y quién sabe si mi suerte

es deberos todo el mal que me aguarda en la vida?

Yo entonces me apresuré á exclamar:

—Deliráis, Margarita. Olvidáis que la Marquesa de la Rivonniere no se pertenece, y la faltáis al respeto ultrajando á vuestro marido. Admirada estoy de la paciencia con que mi amiga os escucha, y no sé lo que Pablo os diría si pudiera oiros.

—¡Ah! No se lo digáis—murmuró aterrada.—¡Entonces estoy perdida!

—Tranquilizaos, no quiero perderos, ni quiero hacerle desgraciado á él, obligándole á lamentar su matrimonio.

Margarita lloraba amargamente; la astuta Marquesa la animó, la consoló, diciéndome que no la riñese, que era preciso y conveniente persuadir y no asustar á los niños, y Margarita sollozó, la cubrió de besos y de lágrimas, la pidió perdón y juró no volver á incurrir en semejante desvarío.

Como en aquel momento viese llegar á Pablo, echó á correr hácia el fondo del jardín para ocultarle sus lágrimas. Él las conoció, sin embargo, y al día siguiente me escribió una carta concebida en estos términos:

«Mi pobre Margarita está enferma, enferma de espíritu sobre todo; la he interrogado, y como

no sabe mentir, sé que ha dicho cosas terribles á la Marquesa de la Rivonniere; se también que ésta se ha conducido con prudencia, no viendo en mi pobre Margarita más que á una niña loca; sé que se resignaría, que tendría paciencia, que su piedad sería inagotable; pero aquí sé vuelve á despertar mi altivez antigua, ó más bien mi prudencia de siempre, y quiero ser solo á cuidar á mi enferma; por lo tanto, me abstendré algunos días de ir á París, y en caso, algún día, á cosa de las cinco, iré á presentaros mis respetos, no permitiéndome por ahora comer en casa de la señora Marquesa, ni asistir á su tertulia. Rogadla que sea un poco menos amable, esto es, que no eche de menos mi presencia durante una semana ó dos. Preciso es enseñar á esta pobre niña á que no ultraje á la que en el fondo respeta. No os atormentéis por nada de esto, tía querida; yo sé muy bien cuidar enfermos, y no hago desgracias de las pequeñas contrariedades de la vida. Mis respetos profundos á nuestra amiga y toda mi ternura para vos.

PABLO.»

—¡Es bien desgraciado tu Pablo!—me dijo Cesarina cuando le dí conocimiento de esta carta;—

se obstina en ceder y será mucho peor. Esa pobre muchacha no pensará bien de los otros, porque ha perdido el derecho de pensar bien de sí misma. No cambiará: ninguna mujer, por fuerte que sea, se levanta de una caída, y cuando es débil, mucho menos. La debilidad, de que se avergüenza, la arrastra á querer ver en los otros la misma falta, y si lograra sorprenderla en mí, á la par que irritada, la verías dichosa.

—¿Y no temes verte en igual caso que Pablo? ¿No te has casado tú también por generosidad?

—Me he casado con un muerto, y no es lo mismo. He tomado mis precauciones además para que ese muerto, si revive, no reviva para mí, y no he hecho alarde de sensibilidad ridícula. Creía dar un gran golpe, y le hubiera dado, si Pablo no hubiera destruído mis cálculos, casándose con esa muchacha.

No me atreví á pedirle explicación de tan misteriosas palabras, temiendo verla arrojar por tierra el pedestal sobre que se había colocado; pero estaba cansada de callar; la expansión de Margarita había hecho estallar su despecho y la serenidad de la Diosa se había turbado con aquel incidente pueril.

¡Cesarina como Margarita tenía necesidad de hablar y á pesar mío, habló!

—¿No quieres comprenderme?—repuso irritada de mi silencio.

—No; quiero mejor estimarte.

—¡Cruel! Hace tiempo que te ríes del castigo que crees me ha impuesto el destino. Me crees vencida, ¿no es verdad? Pues bien, te engañas; he querido ser amada por Pablo Gilbert y lo soy.

—¡Mientes!—exclamé sin poderme contener;—su amistad por tí es tan pura como todos los sentimientos de su alma.

—¿Y quién te dice que no lo sea?—repuso con altivez.—¿Acaso has creído que yo descendería á hacerle culpable y serlo yo misma?

—No; pero crees torturar su razón, trastornar sus sentidos.....

—No trato de saber si los tiene y si mi imagen los trastorna; vivo en una esfera de ideas y sentimientos en que no tienen cabida preocupaciones ridículas. Deberías saberlo, y al olvidarlo te haces poco favor á la vez que me ofendes á mí; he querido ser el más noble, el más puro afecto de Pablo. ¿Crees que no lo he conseguido?

—¡Si lo has conseguido, será una obra de desgracia, de destrucción! Ocupar el lugar de la mujer

legítima en el corazón y el pensamiento del esposo, es cometer, en la alta y funesta región que pretendes habitar, un doble adulterio, un doble crimen. Es jugar doblemente con todos los afectos de familia, desconocer las nociones de todo sentimiento generoso, y es, finalmente, querer acallar con sofismas la propia conciencia. Este es mi juicio, esta es mi opinión; si tú no puedes oirla sin enojos, separémonos; ¡estás ya demasiado descubierta para que yo te estime!

—Cuando te irritas, eres intolerante—me dijo friamente.—Tranquilízate; tú me dices tus verdades con furor y yo te diré las mías con sangre fría. Puede que sea algo romántica, pero pretendo serlo con dignidad, con éxito, mientras que tú, infeliz, no comprendes nada del amor ni de la familia. Como no has amado nunca, has creído que toda la virtud consiste en no amar. Reconozco que has evitado con dignidad ese escollo y no has dado á nadie el derecho de encontrarte ridícula; pero en cuanto á la ciencia del corazón humano, te es enteramente desconocida, y no puedes ver por encima de las barreras que te ha levantado la falta de ocasión para estudiar en tí misma. ¿Crees, sin duda, que el haberme yo comprometido á ser esposa de Mr. de la Rivonniere, esposa de nombre

nada más, debo á mi esposo más consideración que la de ser honrada? Yo no lo comprendo así, y él mismo no se atrevería á penetrar en el santuario de mi pensamiento. Pablo no engañaba á Margarita como yo no he engañado al Marqués; le ha dado la protección que le debía, pero su pensamiento, su alma, son míos. ¿Y pretendes que ame á esa mujer que ni por su nacimiento, ni por su educación, ni por su falta de virtud es digna de él? ¡Tu conciencia te grita que mientes! Si yo amase al Marqués que se envileció al producirse como se produjo con Margarita, descendería de lo que soy, porque nunca he tenido afición á nada vulgar. Amo á mi marido como Pablo ama á su mujer; son dos personas de otra variedad de la especie humana, y les concedemos aquello á que tienen derecho: Pablo la protección, yo la pureza; pero eso no quita que él y yo abriguemos un amor ideal, que ya es tarde para combatir! Díle cuanto tu prudencia te pueda sugerir contra mí; no te creerá, no te comprenderá, y aunque se finja convencido, quedará la duda en su corazón.

Después de estas palabras, que me dejaron atónita, se retiró á escribir á Pablo, al que dijo que aprobaba su conducta de cuidar por sí solo á su compañera; que respetaba su deseo de no verse

en algún tiempo y que perdonaba todo lo que había dicho la madre del interesante Pedro. Después había tres páginas de posdata pidiendo la opinión de Pablo sobre algunas obras literarias. La correspondencia se hizo frecuente con este motivo, obligándole á escribirla todas las noches, ya que se privaba de verla.

Una mañana Margarita se presentó de repente en nuestra casa. Pablo la había llevado á París para algunas compras, y ella se había escapado por ver á la Marquesa, rogándola que no la descubriese.

—Sé que le desobedezco—murmuró—pero no puedo vivir así, sin pediros perdón. Sé que no me queréis mal, pero yo en cambio me detesto por mi proceder indigno; vos sois un ángel y Pablo es tan bueno..... Cuando ha visto que vuestras cartas me atormentaban, me las ha enseñado; no he comprendido gran cosa de ellas, sino que le felicitáis porque se queda conmigo y que me amáis siempre. Pero ahora escuchad; yo no puedo aceptar el sacrificio que me hace, de trabajar en un cuarto sin aire, sin ventilación para deciros por cartas lo que le preguntáis, dándole ocasión á que os muestre su ingenio que tiene que mortificar conmigo. No, no quiero hacerle desgraciado y tenerle prisio-

nero; se lo he dicho y no quiere creerme. Así, pues, llamadle vos, decidle que le necesitáis, que á vos no sabe él rehusaros nada.

—Yo no puedo decirle lo que no es verdad—repuso Cesarina.—No le necesito para concluir mi trabajo, y le consulto únicamente para tranquilidad de mi conciencia. Cuando haya concluído mi obra, se la enviaré, y para esto basta entendernos por escrito.

—No, no es lo mismo. Él necesita veros, hablaros; yo no sé entretenerle, mientras que vos tenéis tanto talento.....

Margarita tenía costumbre de humillarse para que el elogio la realzara á sus propios ojos, y era muy avara de este género de consuelo. Cesarina se lo otorgó, pero con tan profunda ironía, que la pobre, á pesar de su ignorancia, lo comprendió y dijo:

—Me decís todo eso por compasión, pero no lo sentís: veo que os canso y no volveré, pero atraed de nuevo á Pablo á vuestras comidas y reuniones. ¡Eso es todo lo que os pido!

—¿Es decir, que ya no estáis celosa?

—Por el contrario, lo estoy siempre; cuanto más os miro, más me convenzo de que es imposible no amaros; pero por necia que me creáis, tengo más fuerza de voluntad de la que suponéis y de la que supone Pablo mismo; ya lo veréis con el tiempo. ¡Soy capaz de amarle hasta el punto de hacer un deber, una virtud, una dicha para mí de mis celos!

—Es extraño lo que ha dicho—observó Cesarina cuando estuvo sola conmigo;—se expresa de un modo que la haría honor si fuera capaz de sentirlo. Amar á Pablo hasta bendecirme por inspirarle un amor que ella no pueda inspirar, sería un sacrificio tan sublime que la ensalzaría á mis ojos; pero se alaba en vano la pobre criatura, y aunque abrigue alguna noble intención no depende de ella realizarla; tales heroísmos no son propios de naturalezas vulgares.

—¿Quién sabe, heróica Cesarina?—la dije.—Hay una cosa que no ignoran á veces esas naturalezas tímidas y que todos tus trabajos metafísicos no te enseñarán jamás.

—Y esa cosa es.....

—¡La abnegación!

—Pues entonces, ¿qué he hecho yo en mi vida? Yo creía no haber hecho más que sacrificar mis gustos.....

—Para satisfacer tu orgullo y tu amor propio! La abnegación de sacrificarte por otro no la cono-

ces, no la conocerás jamás; eso está más al alcance de Margarita que de tí.

—¡Todavía vas hacer de ella una mártir, una santa!

—Lo que acaba de hacer suplicándote que atraigas á su marido, precisamente en esas horas en que ella está inquieta, aburrida, es ya harto generoso. Tú no quieres creerlo, pero yo no puedo negarte que me ha sorprendido.

—Pues no hay razón para ello; Pablo se aburre en su compañía; ella teme que se aburra demasiado, y le busca una distracción sin peligro, como mi sociedad.

—¿Tratas de rebajarla, cuando estás quizás más celosa de ella que ella de tí?

—¿Yo celosa?

—Aún más que eso; la odias, puesto que la insultas.

—No puedo odiarla, porque la desprecio.

—Entonces toda esa bondad que finges para fascinarla es hipocresía de tu carácter dominador.

—La compasión puede muy bien unirse al desdén; el sufrimiento noble inspira respeto, y la compasión es la limosna que se ofrece á los cobardes y á los débiles.

Cesarina esperaba que Pablo iría aquella noche y no fué. Por sincero que pareciese el arrepentimiento de Margarita, no volvió á presentarse en nuestra casa sino muy rara vez, para hablar breves palabras de la obra de Cesarina, que comenzaba á imprimirse. Reconocía las mejoras que la autora había hecho en su obra; pero no ocultaba que aquellas reformas no daban el bello conjunto que se había prometido. Cesarina no había conseguido todo lo que se esperaba; no era cosa de obligarla á comenzar de nuevo su trabajo, y como yo reprochase á Pablo que faltaba de este modo á la probidad literaria, me dijo:

—No veo la razón de por qué la señora Marquesa había de hacer una obra maestra; la falta ha sido mía al suponerla capaz de ello. Ella me ha pedido mi opinión, se la he dado y he cumplido. La he señalado los defectos, los he discutido con ella, y la he indicado las obras que en mi concepto debía consultar. Me ha dicho que deseaba tan sólo hacer un trabajo que no fuera un desatino; lo ha conseguido, y no tengo derecho de ser más severo exigiendo lo que de seguro no puede dar de sí. Se hablará de su libro, se leerá sobre todo en su círculo de amigos, y esto es todo lo que se propone.

A pesar de nuestras querellas, yo amaba de veras á Cesarina, y quizá la amaba doblemente por que la veía extraviarse. Era evidente para mí que Pablo no sentía por ella más que una amistad desinteresada, no el sentimiento romántico que ella se hacía ilusión de inspirarle.

Pablo era capaz de un afecto profundo, de un reconocimiento superior; pero en mi concepto no tenía la necesidad que le atribuían Cesarina y Margarita de apasionarse por un ideal.

¿Qué sería de Cesarina si no lograba encontrar satisfacción á su amor propio en el cultivo de las letras? A mí no me engañaba su apariencia modesta; yo conocía que aspiraba á los grandes triunfos, que se fijaba sobre todo en estos dos resultados: el brillo del mundo y Pablo vencido por su genio.

Yo hubiera deseado que á falta de uno de estos dos resultados consiguiera el otro; traté de advertirla, y con permiso de Pablo le hice conocer su opinión.

—Comprendo—me dijo;—impresa la obra cree él que olvidaré al corrector, y quiere prolongar nuestras sesiones literarias. Puede tranquilizarse, no le olvidaré, aunque tendré menos motivos para verle con tanta frecuencia. Díle que reconozco la

superioridad de su talento, y que trataré de probar el mío en otra obra que comenzaré en breve, puesto que él me cree capaz de hacer algo mejor que esto.

Tanta dulzura, tanta prudencia desarmó á Pablo, y Cesarina ganó con esto gran terreno en su ánimo; pero cuanto más se desarrollaba en él este sentimiento, más se esforzaba en aparecer tranquilo. Cesarina no aguardaba la resistencia que él oponía á volver á asistir á su casa. Yo fuí á ver á Pablo al domingo siguiente.

—Margarita va moralmente mucho mejor, porque he logrado persuadirla de que no tengo interés en buscar distracciones lejos de ella, y en el fondo es la verdad, porque si no tiene la conversación brillante que la Marquesa y sus contertulios, es mayor mi gozo al verla satisfecha que lo que me hace sufrir ese pequeño sacrificio personal. Mi deber es hacerla dichosa, y un hombre superior no debe encontrar nada más interesante que el cumplimiento del deber.

Margarita se confesaba dichosa. No tenía que trabajar para vivir, leía bastante y su inteligencia se iba cultivando; pero estaba enferma y su belleza se iba alterando notablemente; el médico de Cesarina, que la visitaba de vez en cuando, me dijo que la encontraba atacada de una enfermedad

crónica del hígado ó del estómago, pero que como no se explicaba bien, á menos de un examen formal, no podía precisar la enfermedad. Yo advertí á Pablo, que exigió el examen. La tumefacción del hígado fué precisada, y exigía cuidados difíciles de procurar en el campo, por lo cual la pequeña familia fué á vivir á la calle de Vangirard á una habitación más confortable que la antigua de la calle de Asas. Pablo vino á decirnos que ya estaba á nuestra disposición á todas horas; que tenía un encargado en la libreria que le permitía no estar sujeto á la cadena, continuando, sin embargo, asociado á Mr. de Latour.

Como se ve, había llegado más pronto que creía á la abundancia y á libertad; estaba inquieto por su mujer y veíasele consagrado á cuidarla unas veces en su casa y otras en el paseo, procurando distraerla, y Margarita insistía en querer ver á la Marquesa para mostrar lo razonable que se había vuelto.

Cesarina rogó á Pablo que llevase á comer á Margarita y al niño, prometiendo dejarlos partir á la hora de acostarse éste. Tanto insistió, que Pablo accedió á ello y fué una gran alegría para Margarita.

Púsose su vestido de seda de los domingos, se

peinó con más gusto y vistió al niño con esmero singular. Pablo les hizo subir en un carruaje y les condujo al hotel Diétrich. Cesarina adelantó la comida para que el niño no se durmiese antes de los postres, y dijo no haber invitado á nadie á causa de la variación de horas. Mr. Diétrich vino á estrechar la mano de Pablo, á saludar á Margarita, á abrazar á su hijo, y después se fué á vestir porque comía fuera de casa.

Cesarina resignábase, pues, á la sociedad de la joven plebeya, y sufría no poco con la familiaridad que se veía obligada á tolerar. Hacía más de un mes que no la había visto y quedó sorprendida del cambio de Margarita. Había adelgazado notablemente, y esto daba á sus facciones mayor distinción. Había hecho grandes esfuerzos además durante este tiempo por corregir su vulgaridad, y puede decirse que lo había conseguido. Pablo la trataba, no con mayor consideración, porque ésta no le había faltado jamás, pero sí con mayor dulzura. Estos cambios no pasaron desapercibidos, y Cesarina recibió una gran herida en medio del corazón; mientras una sonrisa benévola entreabría sus labios, el aguijón de los celos estremecía aquella alma de piedra. Yo que la observaba temblé por Margarita.

Parecióme también que ésta se apercibía, y la comida fué triste, por más que el pequeño Pedro estuvo interesante con sus primeras gracias, que á veces nos hacían sonreir.

Pablo hubiera animado la mesa con su conversación; pero veía á Cesarina tan distraída, que buscaba la causa y estaba inquieto sin saber por qué. Cuando dejamos la mesa, me preguntó en voz baja si la Marquesa tenía algún motivo de pesar, y temió si la opinión que había emitido sobre su obra podría haberla ofendido. Cesarina, que con los ojos comprendía cuanto se hablaba, aunque no lo pudiera oir, exclamó sin darme tiempo de responder:

—Me encontráis triste y suplico á Margarita que me perdone, porque hubiera querido recibirla con más alegría; pero estoy preocupada, he recibido malas noticias del Marqués de la Rivonniere.

Como nada me había dicho, creí que improvisaba aquel pretexto, porque la última carta de monsieur de Valvonne no estaba escrita en términos de causar inquietud. Hice esta observación, y entonces me contestó, leyendo la carta siguiente:

«Mi pobre amigo me inquieta más cada día; su vida no corre peligro; pero sus sufrimientos no parecen deber calmarse tan pronto. Me encarga

que os presente sus respetos, así como á Mme. de la Rivonniere.—EL VIZCONDE DE VALVONNE.»

Esta carta pareció extraña á Pablo.

—¿Qué sufrimientos son esos—dijo—que no amenazan su vida y que, sin embargo, causan tal inquietud? ¿No suele escribir Mr. de Valvonne más claro?

—¡Nunca!—exclamó Cesarina.—Es un hombre singular, cuya expresión es tan concisa que deja siempre un fondo de vaguedad: pero no hablemos de esto—añadió fijando una mirada como de compasión en Margarita.—No olvidemos que hay aquí una persona para quien el nombre de mi marido ha de ser tan desagradable como su recuerdo.

Pablo encontró poco delicada esta observación, y con la prontitud y claridad propias de su carácter exclamó:

—Margarita puede oir hablar del señor Marqués de la Rivonniere sin inmutarse; no le conoce, no le ha conocido jamás.

—¡Ah! yo creí que tenía por qué estar sentida de él—dijo Cesarina mirándola con una fijeza capaz de hacerla perder su aplomo—y ciertamente ella sabe que yo en este asunto no he disculpado jamás á mi marido.

—Hacéis mal, señora Marquesa—murmuró Margarita dulcemente.—A un marido se le disculpa siempre.

—Sobre todo cuando está ausente y él no puede disculparse—añadió Pablo.—En cuanto á nosotros, las ofensas castigadas ya no existen; yo suplico que no hablemos más de un hombre á quien me he visto en la cruel necesidad de poner al borde del sepulcro. El que vive está ya absuelto, y la mujer vengada no tiene por qué sonrojarse.

Hablaba con una energía tan tranquila, tan razonada, que Cesarina no podía ofenderse, por más que sintiera entrar la rabia y la desesperación en su alma. Margarita, con los ojos húmedos, miraba á Pablo con la expresión del reconocimiento, y yo vi que Cesarina iba á decir algo más cruel aún, y me anticipé á exclamar:

—El niño se duerme; creo que no debemos prolongar la conversación por más tiempo. Vuestro coche está abajo. Toma á Pedro en los brazos, mi querido Pablo; pesa demasiado para mí.

En aquel momento entró Beltrán á anunciar que el coche que se había pedido estaba abajo, y añadió con voz clara y sonora:

—El señor Marqués de la Rivonniere acaba de llegar también.

—¿Á dónde?—exclamó Cesarina, como herida por un rayo.

—Á casa de la señora Marquesa—contestó Beltrán con su imperturbable calma.—Ya sube por la escalera.

—Os dejamos—repuso Pablo, tomando el brazo de su mujer, mientras con el otro sostenía al niño casi dormido.

—No, quedáos, es preciso—murmuró Cesarina fuera de sí.

—¿Para qué?—preguntó Pablo.

—¡Es preciso, os digo y os lo ruego!

—Sea—repuso, depositando al niño en un sofá, y haciendo sentar á su lado á Margarita.

¿Cesarina temía los celos de su marido y quería hacerle ver que si recibía á Pablo era acompañado de su mujer, ó bien más preocupada de su despecho que de todas las consideraciones, quería que Margarita se encontrase de nuevo con su seductor delante de su mismo marido?

Acaso estaba demasiado turbada para saber lo que quería; pero acostumbrada á dominarse, se dominó, y salió al encuentro del Marqués, oyéndola nosotras:

—¡Qué sorpresa tan agradable!..... ¡Ya curado cuando nos escribían que estábais peor!.....

—Valvonne está loco—repuso el Marqués;—me siento muy bien. Ando, hablo, subo la escalera solo.....

Y deteniéndose en la antesala que precedía al salón en que estábamos, exclamó:

—¿Tenéis gente?

—No, amigos vuestros y míos que ya partían y se han detenido para estrechar vuestra mano.

—¿Amigos?.....—murmuró el Marqués, encontrándose con Pablo, que se adelantaba hacia él.—No conozco.....

—¡Cómo! ¿No reconocéis á Mr. Pablo Gilbert y á su mujer?

—¡Oh! Perdonad: está tan oscuro al entrar. ¡Mi querido amigo!—y estrechó las manos de Pablo; y adelantándose á Margarita, añadió:

—Señora, os presento mis respetos.

—Volvióse luego hacia mí, y estrechando mi mano, me dijo:

—Mi buena Paulina, siempre á vuestras órdenes.

Calló un instante, y añadió:

—Me parecéis todos en buen estado de salud—dijo.

—¿Y vos?—preguntó Pablo.

—Yo perfectamente, gracias; he resistido muy bien el viaje.

—¿Pero cómo llegáis sin anunciaros?—preguntó Cesarina.

—He tenido el honor de escribiros.

—No he recibido la carta.

—Cuando os digo que Valvonne está loco.....

—Amigo mío, no comprendo por qué se permite suprimirme vuestras cartas.

—¡Oh! Esa sería toda una historia que contar; historia de medicina, falta de razón por lo tanto y que se enlaza con un enfermo en plena rebelión, que se obstina en no correr ya detrás de una salud recobrada.

—¿Venís de Italia?—preguntó Pablo.

—Sí, amigo mío, un país delicioso: á mí no me gusta la Francia; de ella sólo París me agrada. Pero dadme noticias de vuestro joven amigo monsieur Latour.

—Está bien.

—Mr. Diétrich ha salido, según me han dicho: ¿la señora Marquesa me permitirá que le aguarde aquí?

—Ciertamente, amigo mío. ¿Habéis comido?

—Sí, ya he comido, gracias.

Pablo cambió algunas frases de atención con el Marqués y Cesarina antes de retirarse, porque la llegada inesperada del Marqués había traído la

calma, el bienestar á la reunión. Él volvía dulce, afectuoso, como si la víspera se hubiera retirado de entre aquellos mismos amigos, y volvía de los brazos de la muerte como podía volver de un paseo por el Jardín de Plantas. Le hablaba en presencia de su mujer, en presencia de la mujer cuya afrenta había pagado con su sangre, sin parecer recordar otra cosa que las leyes de buena sociedad: por extraño que pudiera parecer, la impasibilidad del caballero triunfaba.

Esta imposibilidad había mortificado un momento á Cesarina; pero fuerte, siempre intrépida, había recobrado pronto su presencia de ánimo, y como experimentaba alguna inquietud al quedarse sola con su marido, me rogó que me quedase, dirigiéndome la súplica de manera de no ser oída de nadie.

—Por fin—dijo el Marqués cuando Beltrán se hubo retirado—os veo, señora Marquesa, más hermosa que nunca y bondadosa como siempre: al ver la animación de vuestra mirada, cualquiera diría que habéis tenido un placer en verme.

El rostro de Cesarina no expresaba precisamente alegría, y yo me pregunté si aquellas palabras no encerraban un sarcasmo.

—No respondo á tal pregunta—le dijo ella, tratando de sonreir lo mejor que pudo—porque á mi vez quiero miraros. Á la verdad que parecéis en muy buen estado de salud, y no me explico qué significaban los temores de vuestro amigo.

—Valvonne es muy vehemente; es un amigo incomparable, pero tiene la debilidad de verlo todo negro como los médicos. Me diréis qué motivos tengo yo para verlo también, puesto que Nelatón me sacó una bala del pecho; pero estos señores pretendieron después de la causa quitar los efectos, como si hubiera efecto sin causa, y me empezaron á tratar del modo más contrario á mi temperamento, hasta que hace un año me rebelé contra ellos. Me sentí mucho mejor: quise viajar, y á los pocos días me ví curado. Me restan aún algunas jaquecas; pero eso es todo: ya las tenía dos ó tres años antes de tener el honor de conoceros, y no me ocupo de ellas. Mr. Valvonne, más preocupado que yo, me habló de un joven médico, inteligente, pero más terco que Lucifer, y que viéndome curado sólo por mi buena constitución, ha querido librarme de las jaquecas á su modo, y las ha hecho doblemente violentas. Esto me ha obligado á mandarle á pasear y á tener un altercado con mi amigo Valvonne, plantándolos á los dos para no ser víctima de su solicitud.